

sando ya en el oficio que el Señor le ha encargado, sin saber lo que habla, sólo trata de idear un medio de quedarse para siempre en aquel monte. ¡Oh Pedro! No penséis tanto en disfrutar de la vista de vuestro Maestro glorioso, cuanto en oír su voz, que no cesa, ni aun en medio de sus glorias, de hablar de trabajos. Esto os dice el Padre Eterno, y esto mismo es lo que nos encarga á todos. Felices nosotros si ahora seguimos este encargo; llegará un día que gozaremos de su gloriosa vista. ¿Qué nos dice Jesucristo? ¿Qué preceptos y consejos nos da? ¿Cómo los cumplimos? Si ahorauviésemos que presentarnos ante el Padre, podríamos decirle: ¿Hicimos lo que nos mandasteis? ¿Cuánto más diligentes somos para oír la voz de los hombres, y aun quizá las voces que dan nuestros apetitos, que la voz de Jesús! Confundámonos de tan indigno proceder; resolvámonos á cambiar de conducta, renovando los propósitos que tenemos hechos, y pidiendo gracia y fuerza para ponerlos en obra, sin olvidarnos de los que se han recomendado á nuestras oraciones.

85.—PETICIÓN DE LOS HIJOS DEL CEBEDEO.

PRELUDIO 1.º Santiago y Juan llamaron á Jesús aparte, y le pidieron los dos primeros asientos en su reino; mas el Señor les dijo que no sabían lo que pedían.

PRELUDIO 2.º Representate á estos dos Apóstoles hablando á solas á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber evitar siempre la ambición.

Punto 1.º *Daños de la ambición.*—Llegáronse á Jesús Santiago y Juan, hijos del Cebedeo, y le dijeron: «Queremos que nos concedas cualquier cosa que te pidiéremos»; con cuyas palabras, sin ellos pensarlo, descubrieron los daños que causa la ambición, y será bien los consideres. Porque, primeramente, habiendo oído decir á Jesús que había de padecer y después resucitar² y entrar en su reino, olvidados de lo primero, echaron mano de lo segundo, pidiendo los primeros puestos de él. Así obra el ambicioso; cierra los ojos para no ver lo que es ignominia, y los abre para atender á lo que es honra, deseando desordenadamente procurarla. Luego hace que la oración sea imperfecta é imprudente en el modo, como lo fué la de estos Apóstoles al decir: «Maestro, queremos que nos des cuanto te pidiéremos»; en lo cual mostraron tres imperfecciones; á saber: ser muy voluntariosos y amigos de su propia voluntad; falta de resignación en la voluntad divina, porque no dijeron: Maestro, si quieres, ó si es posible, sino, queremos; y presunción grande en pedir á Cristo lo que se les antojase, usando mal de la promesa que les había hecho, diciéndoles³: «Pedid, y recibiréis». A esto conduce la ambición. La cual, además, hace que carne y sangre se unan y concierten

¹ Marc., x, 35. — ² Matth., xvi, 21. — ³ Joan., xvi, 24.

para pretensiones de honra; y así, estos Apóstoles, no sólo se unieron los dos para hablar á Cristo, sino que, para obtener más eficazmente lo que pedían, obligaron á su madre á que ella hiciese la demanda, después de haberle adorado profundamente. En todo lo cual se ve con cuánta razón David¹ llama á este vicio negocio que anda en tinieblas; porque él es mal sutil, ponzoña secreta, peste oculta, tramadora de engaños, madre de la hipocresía, fuente de la envidia, origen de los vicios, polilla de las virtudes y gusano destructor de la santidad. ¿Somos nosotros ambiciosos? ¿Deseamos puestos elevados? ¿Sentimos ser pospuestos á los demás? ¡Oh humildísimo Jesús! Pues que por amor nuestro quisisteis abajaros tanto, hasta llamaros gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe; por tan profunda humildad os suplico me deis á conocer los daños de la ambición y deteste con toda mi alma un vicio que atrae vuestro odio y maldiciones sin cuento sobre el que le tiene.

Punto 2.º *Prudencia de Jesús en responder á estos Apóstoles.*—Considera la prudencia y sabiduría que mostró Jesús con estos Apóstoles, diciéndoles: «¿Qué queréis que haga con vosotros?» Porque con saber lo que deseaban en su corazón, no los reprendió luego ni les dijo: No me pidáis lo que queréis, porque no es conveniente; antes quiso que ellos mismos descubriesen la llaga de su ambición y echasen por su boca la ponzoña. Ni tampoco les dijo que les daría todo lo que le pidiesen, porque no es prudencia el ofrecer á bulto cualquier cosa que nos pidieren otros, porque nos podrían pedir una cosa injusta, como Herodías á Herodes². Pondera que estos dos hermanos no ignoraban que con san Pedro eran preferidos á los demás Apóstoles; mas sentían que san Pedro tuviese alguna preferencia á ellos, y por esto pidieron los dos lugares inmediatos á su Maestro; y es temible que, si la ambición pasara adelante, también cundiera entre los mismos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí la mano derecha por ser antepuesto al otro. Porque la ambición es un vicio insaciable é inquieto, que no perdona á compañeros ni hermanos. Y así, lo más seguro es escoger el lugar último, como dijo Cristo nuestro Señor³, después del cual no hay otro, sin querer ser preferido á uno solo, porque de otra manera este sólo bastará á quitarte la paz del corazón y el fruto de la humildad. Mira también cómo la ambición cunde en todas las cosas, espirituales y corporales, deseando la prima en todas con desorden; y así estos Apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que este reino sería temporal, como creían los judíos, ó si creían que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en él, no por ser más santos, sino por ser más honrados de los otros. ¡Oh Maestro de humildad Cristo Jesús!

¹ S. Bern., Serm. 6 in Psalm. xc. — ² Marc., vi, 25. — ³ Luc., xiv, 10; S. Bern.

Vos, que, compitiendo con Barrabás, no quisisteis ser preferido ni á este solo, escogiendo para Vos el último lugar en la opinión del mundo; ayudadme para que yo también le escoja para mí, pues es razón escoja el discípulo lo que escogió su maestro. ¡Oh alma mía! Si Jesús te hiciera la pregunta que hizo á los dos Apóstoles, ¿qué contestarías? ¿Te arrastra la ambición? ¿Sientes estar en lugar bajo y humilde?

Punto 3.º *Yerros en la oración.*—Contestando Jesús á la petición de los Apóstoles, les dijo: «No sabéis lo que pedís». Acerca de lo cual has de reflexionar que muchas veces te podría decir lo mismo el Señor, y por esto no alcanzas lo que pides, por hacerlo mal, como dice Santiago ¹. Los errores que en la oración suelen de ordinario cometerse, son: 1.º Pedir alguna excelencia ó dignidad temporal ú otra cosa de la tierra, sin resignación en la voluntad de Dios, y sin poner condición, si conviene alcanzarla para la salvación del alma. 2.º Pedir alguna excelencia espiritual, aunque sea en virtudes, sin la pureza de intención debida, pretendiéndola, no tanto por la gloria de Dios, cuanto por la nuestra. Ó pedir alguna de estas grandezas que excede mucho á nuestros merecimientos, y es singular ó extraordinaria y mayor de lo que pensamos; pero, con ignorancia y falta de humildad, como quien pidiese raptos, revelaciones y otros favores tales. 3.º Pedir estas mismas grandezas, pretendiendo alcanzarlas con solos ruegos é intercesiones, sin hacer caso de merecimientos ni de obras; porque dado caso que son necesarias oraciones; pero no bastan, si con ellas no juntas obras y trabajos con que te dispongas á recibirlas; y mucho menos bastan cuando sólo se alegan títulos de carne y sangre, y puramente naturales, los cuales pesan poco delante de Dios para cosa tan alta. 4.º Por fin: es otro yerro el pedir estas grandezas, que son premio y corona de los que vencen, antes de haber peleado ni merecido el premio. Por lo cual debes mirar cuidadosamente lo que pides, y la intención y medio y modo cómo lo pides, para que no te diga el Señor lo que dijo á sus Apóstoles: «No sabes lo que pides». ¡Oh buen Jesús! Ya que dijisteis á vuestros Apóstoles ², cuanto pidieréis en mi nombre se os dará, concededme que sólo pida lo que es justo pedir en nombre vuestro, para que, pidiendo lo que os agrade, me deis lo que os pidiere. ¡Oh alma mía! ¿Guardas en tus peticiones las circunstancias que exige Jesucristo? ¿Te propones en ellas un fin recto y las haces del modo que agrada al Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Oh qué vicio tan detestable, pernicioso y funesto es la ambición! Juan y Santiago, con ser ilustres Apóstoles de Cristo, le dan alguna entrada en su corazón, y por ello, después de caer en varios defectos, se hacen merecedo-

¹ Jacob., iv, 3. — ² Joan., xiv, 13.

res de una reprensión de su divino Maestro, y atraen sobre sí la indignación de sus condiscípulos. Por la ambición se olvidan de los trabajos que el Señor tenía siempre grabados en su corazón, y cuyo amor deseaba inspirar, sobre todo á sus discípulos, y sólo piensan en la gloria, de la cual les quiere desprendidos; por la ambición caen en grandes imperfecciones en el trato con su Maestro, deseando en cierto modo imponérsele, con el pretexto del parentesco que con Él les liga, mostrándose voluntariosos y poco resignados en sus súplicas, y abusando de la promesa que el Señor les ha hecho de escucharlas; por la ambición desean derrocar á san Pedro del lugar que el Señor le ha señalado, sintiendo que sea á ellos preferido; por la ambición miran los bienes espirituales y celestiales, como si fuesen materiales y terrenos, pensando que la carne y sangre y las recomendaciones solas podían bastar para obtenerlos. ¡Ay de nosotros si nos dejásemos llevar de este vicio, y si de un modo abierto y patente ó solapado pretendiéramos ascender, subir, aun pasando por encima de los que están sobre nosotros! Mereceríamos que el Señor nos dijese: No sabéis lo que pretendéis y deseáis; ignoráis el espíritu que os mueve. Entremos dentro de nosotros, y estudiando los afectos de nuestro corazón, examinemos si somos ambiciosos; si deseamos algún lugar, empleo, ocupación ó destino, que no nos corresponde; si conservamos con espíritu ambicioso el que tenemos; si sentimos el vernos postergados, olvidados y arrinconados. Y si algo de esto nos perturba, combatámoslo con firmes propósitos, humildes súplicas y fervientes coloquios, rogando por nosotros y por todo el mundo.

86.—LOS HIJOS DEL CEBEDEO ACEPTAN EL CÁLIZ DE LA PASIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesús, sin responder directamente á la súplica de Santiago y Juan, les brindó con el cáliz de su Pasión, y ellos se ofrecieron á beberle.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando con los dos Apóstoles, oyendo tú el razonamiento que tienen.

PRELUDIO 3.º Pide fortaleza y virtud para beber el cáliz de amargura que el Señor te ofrezca.

Punto 1.º *Jesús ofreció el cáliz de su Pasión á Santiago y Juan.*—Habiendo Jesús oído la petición de los dos Apóstoles, y descubierto el error en que se hallaban, en vez de acceder á ella, les preguntó diciendo: «¿Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado?» Esto es, ¿sentís ánimo y fuerzas para esto, y estáis aparejados para ello? Sobre lo cual has de considerar cuán grande es el beneficio que te hace el Señor, cuando yerras en las cosas que

¹ Marc., x, 33.

pides, ó en el modo de pedir las, negándotelo ó enderezándote en lo uno y en lo otro, y poniéndote delante lo que es razón que le pidas, como lo hizo con estos dos Apóstoles, así esta vez como cuando le pidieron permiso para hacer bajar fuego del cielo en castigo de los samaritanos, y el Señor les contestó¹: «No sabéis el espíritu que habéis de tener, porque yo no he venido á destruir las almas, sino á salvarlas». Por lo cual debes dar gracias á Dios, no sólo cuando te concede lo que le pides, sino también cuando te lo niega, como buen Padre, ó endereza tu oración, concediéndote otra cosa que no habías pedido, y te conviene más que aquello. Pondera también aquí la caridad y suavidad del Señor en esta pregunta, convidando á los Apóstoles á los trabajos de su Pasión con palabras, ejemplos y razones eficaces, dándoles á entender que el medio para alcanzar la mano derecha é izquierda que pretendían, era beber el cáliz que Él bebía y ser bautizados con el bautismo que Él lo era, provocándoles con su ejemplo á imitarle en esto. Porque si el Monarca supremo del cielo y de la tierra ilegalmente se sentaba en el trono de la gloria, bebiendo este cáliz, ¿cuánta más razón es que sus vasallos no lleguen á sentarse con Él en los tronos que les ha prometido, sino bebiéndole también²? Y ¿qué mucho le beban los discípulos, pues le bebe su Maestro? Pues, ¿cómo rehusarás tú beber la parte del cáliz del Señor que te ha tocado? ¿Cómo no quieres sufrir el pequeño sacrificio que ahora te exige? ¡Oh Amado mío! Bástame que Vos hayáis bebido este cáliz y que gustéis de que yo le beba, para que me ofrezca á ello. Aunque no hubiera para mí asiento de mano derecha ó izquierda en vuestro reino, me tengo por dichoso en beberle, porque mi principal premio es hacer y padecer mucho por Vos, en agradecimiento de lo mucho que hicisteis y padecisteis por mí.

Punto 2.º *Los dos Apóstoles se ofrecen á beber el cáliz de Jesús.*—Considera cómo los dos Apóstoles, en oyendo la pregunta de Cristo, luego contestaron: *Possumus*, podemos. Esta palabra, aunque muchas veces se dice con espíritu de ambición, ó de fervor ciego, ignorante y poco experimentado, tomando el padecer á bulto y en común, es de creer que ellos la dijeron con espíritu de Cristo, ofreciéndose muy en particular á todos los trabajos que Él mismo padeció. Y de este modo has de ofrecerte á los trabajos, estribando y confiando, no en tus fuerzas, sino en las que te dará el Señor que te conforta³. Reflexiona que es un grande favor de Cristo darte á beber su cáliz, y como tal le concedió á estos Apóstoles, de los cuales, no sin misterio, el uno murió por la fe, y el otro, aunque padeció mucho por ella, murió de muerte natural, para que entiendas que, no sólo beben el cáliz de Cristo los que mueren como los mártires, sino también los

¹ Luc., ix, 55. — ² Luc., xxii, 30. — ³ Philip., iv, 13.

que padecen como los confesores. Pondera cómo Jesús, contestando al ofrecimiento de los Apóstoles, dijo: «Así será, que beberéis mi cáliz y recibiréis mi bautismo; pero sentaros á mi lado, no me toca darlo á vosotros, sino á aquellos para quienes lo ha aparejado mi Padre¹». Con las cuales palabras de tal modo les niega la petición, que al propio tiempo se la concede; porque les dice que no les ha de dar tales asientos por ser sus deudos, ni por solas intercesiones y ruegos, porque este premio no se da á los que no lo merecen trabajando; pero que lo dará á los que están señalados por su Padre, que son los que beben su cáliz y trabajan en su servicio, cumpliendo lo que les manda. Y pues vosotros habéis de beber este cáliz, Yo os lo daré por este título, cuando lo hubiereis bebido. ¡Oh dulcísimo Jesús, Dios verdadero, á quien pertenece también, como á vuestro Padre, disponer las sillas y asientos de vuestro reino! Gózome de la rectitud que tenéis, mezclada con tanta suavidad. Y pues no es vuestro dar esas sillas á los indignos, sino á los dignos², hacedme tal por vuestra gracia, para que alcance una de ellas en la gloria. ¡Oh alma mía! Imita la buena voluntad de estos Apóstoles, y trabaja en hacerte digna de un trono de gloria. ¿En qué has de ejercitar tu trabajo? ¿Qué has de hacer para que puedas algún día ser contado entre los elegidos del Padre?

Punto 3.º *Indignación de los Apóstoles contra Santiago y Juan, y consejos de Jesús.*—Oyendo los diez Apóstoles lo que pasaba, indignáronse contra los dos por las pretensiones que mostraban; y llamándolos el Señor á todos, les dijo³: «Los príncipes de las gentes se enseñorean de ellas, y ejercitan su potestad con gran imperio en sus súbditos; pero vosotros habéis de ir por otro camino, porque quien quisiere ser mayor, ha de ser como criado; y el que quiere ser el primero, ha de ser siervo de todos, como el Hijo del hombre no vino para que le sirviesen, sino para servir y dar su vida por la redención de muchos». ¡Oh, cuán grande se manifiesta en todo esto la flaqueza del hombre y la prudencia del Señor! Con haber oído los Apóstoles lo que Cristo nuestro Señor había dicho á los dos hijos del Cebedeo, lo cual tan eficaz era para poder reprimir su loca ambición, no recibieron por ello ninguna enseñanza, antes tropezaron en el mismo vicio, indignándose contra ellos porque habían querido aventajarlos. De aquí debes inferir cuánto daña el mal ejemplo y cuán perjudicial es la ambición en las comunidades, por las discordias, envidias é indignaciones que de ella se originan. Descúbrese también la prudencia y mansedumbre del Señor, el cual no se indigna ni contra los ambiciosos ni contra los indignados, sino que con prudencia los junta á todos, y reprime su ambición con dos ejemplos: uno que deben huir, y otro que han de seguir. El

¹ Matth., xx, 23. — ² Luc., xxii, 29. — ³ Marc., xx, 29.

primero es el de los príncipes mundanos, que ponen su grandeza en mandar con imperio y tiranía y en tener los súbditos debajo de sus pies, y de él han de huir, poniendo su grandeza en servir á todos. El segundo es el de su vida, porque Yo, dice, con ser vuestro Maestro, vine al mundo, no á ser servido, sino á servir y á ser el postrero de todos, como siervo; y este es el ejemplo que han de seguir, como discípulos á su Maestro. ¡Oh dulcísimo Maestro! He oído la soberana lección que me habéis leído; no quiero, de hoy más, aprender de los ejemplos del mundo, que son para mi condenación, sino de los vuestros, que son para mi salvación y perfección. Y pues por vuestra gracia me habéis traído á vuestra escuela, ayudadme á poner en práctica esta lección, para gloria de vuestro santo nombre. ¿Cómo reprimimos nosotros los movimientos de la ambición? ¿Deseamos imitar á los mundanos soberbios, ó á Jesús humilde?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán diferentes son los pensamientos y juicios de Dios, de los pensamientos y juicios de los hombres! Santiago y Juan, como hombres, sólo buscan lo que anhela su amor propio: el primer lugar, el figurar sobre todos los demás; Jesucristo, verdadero Dios, sólo se acuerda de humillaciones y padecimientos y sumisión absoluta. Ellos le piden los primeros asientos en su reino; Él les ofrece su amarguísimo cáliz con todas las privaciones, sacrificios y penalidades que en él se encierran. Con todo, esto es lo verdaderamente importante, y este es el único camino para subir á ocupar los asientos primeros en el cielo. ¡Dichosos los Apóstoles á quienes el Señor lo da á beber! ¿Te ha ofrecido alguna vez el Señor este cáliz? Actualmente, ¿te concede alguna participación de él? ¿Cómo respondes al ofrecimiento de Jesucristo? Mira cómo los Apóstoles, confiados en los auxilios del Señor, contestan con decisión y buena voluntad: «Podemos». ¿Respondes tú lo mismo cuando Dios te brinda con el cáliz de alguna enfermedad, humillación, calumnia ú otro mal temporal? Posible es que, apartando los ojos del Señor que te conforta, y fijándolos en tu miseria, digas: «No puedo sufrir este dolor». Posible es que, como los diez Apóstoles, mirando con disgusto la humillación y desvío que sufres, fijes tus ojos envidiosos en los que son preferidos y gozan del mundo, y te indignes contra ellos. Posible es que en tu proceder imites más ordinariamente el dominio despótico y arbitrario de los mundanos, que la potestad humilde y afable de Jesucristo. Pues, ¿qué has de hacer? ¿Qué debes corregir? Si te hubieses de presentar ante el tribunal de Jesús, ¿no podría echarte en cara ninguna falta contra sus divinas enseñanzas? Jesús quiere discípulos humildes y que escojan el último lugar, y tú suspiras por el primero. Piensa bien todo esto, y, convencido de la necesidad de reformarte, haz firmes y prácticos propósitos, ora con fervientes coloquios, rogando por ti y por todo el mundo.

87.—SANTIDAD DE LÁZARO EL POBRE.

PRELUDIO 1.º Lázaro, el mendigo, después de una vida llena de sufrimientos, tuvo una muerte santa, y fué su alma llevada por los ángeles al seno de Abraham.

PRELUDIO 2.º Representate á Lázaro cubierto de llagas y tendido á la puerta del palacio del rico Epulón.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de imitar la paciencia de Lázaro.

Punto 1.º Paciencia de Lázaro.—Considera los males gravísimos que padeció Lázaro, y el modo admirable cómo los sufrió. Primeramente, se señaló en padecer graves dolores de llagas, estando cubierto de ellas de pies á cabeza¹, como Job², sin poderse menear de una parte á otra, estando tendido á la puerta del rico Epulón, sufriendo esto con gran resignación y conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor ni murmuración ó queja. En segundo lugar, padeció extremada pobreza, mendiguez y hambre; la cual llevaba con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino con la manifestación de sus llagas. Además, padeció sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque, siendo tanta su hambre, que quisiera hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, no había quien se las diese, y no por esto se quejaba de la crueldad del rico, ni de sus criados. Por último; á tal extremo llegó su miseria, que los perros venían á lamerle las llagas, por cebarse en su podre, y él estaba tan tullido, que ni los podía echar de sí, ni había quien se los desviase. Pondera sobre esto cómo la paciencia perfecta abraza toda suerte de trabajos³: los que vienen de la naturaleza, como enfermedades; los que de la malicia de los hombres, como robos; los que de los irracionales, como fieras, etc., y los que se originan de causas naturales, como fríos; y todos los acepta y tolera por imitar á Jesucristo. De este modo Lázaro vino á subir á tal grado de santidad, que el mismo Salvador quiso hacerse cronista de su vida, y darla por dechado de perfección, y aun dibujar en ella su propia Pasión, en la cual estuvo lleno de llagas, con extremada pobreza, y con tanto desamparo, que, deseando una gota de agua en la cruz, no hubo quien se la diese, ni quien de Él se compadeciese. Con lo cual te enseña que el camino más breve y llano para la santidad está en abrazar todos los dolores, pobreza, desamparo y desprecios de los hombres, conformándote en todos, sin exceptuar uno, con la divina voluntad. ¿Procedes tú de este modo? ¿Te atreves á quejarte de tus trabajos y dolores? ¿No los sufrirás con paciencia? ¡Oh Jesús llagado, pobre y desamparado! Dadme gracia para imitar vuestra santa paciencia y la de este pobre mendigo, conformando mi voluntad con la

¹ Luc., xvi, 20. — ² Job, ii, 8. — ³ Jacob., i, 4.